

CAPITULO XI.

De su admirable Paciencia, y Mansedumbre.

NO sería suficiente menos profunda balsa, que la de su humildad, para sustentar la elevacion de la mansedumbre, y paciencia de Sebastian. Apenas daba paso en el camino de la virtud, en que no se le ofreciese un impedimento, capaz de detener el curso à una menos heroica perfeccion. Assi su espíritu, como su cuerpo fueron el blanco à que, casi sin intermission, asistaron sus tiros, las enfermedades, las persecuciones, los trabajos, y las maledicencias; pero interponiendo à todo el escudo de su paciencia, la misma fortaleza, con que los repelia, servia de acreditar aquella de inalterable. Descargò sobre Aparicio el abysmo todas sus furias, assi por medio del terror de sus espantosas figuras, è inhumanidad de sus cruelísimos golpes, como por el de la sugestion de los estraños, que le ayudassen à llevar al cabo los intentos de su malicia; pero de nada mas le sirvieron sus astucias, que de reanimar la generosidad de su tolerancia en padecer.

Jamàs se le oyò quejar en medio de los dolores, que continuamente le atormentaban, ni diò otra alguna seña, que desdixesse de su heroica pacien-

ciencia en cada uno de los penosos ejercicios de su vida. Solo el de Carretero, que continuò por tantos años, expuesto à los trabajos, enfermedades, hambres, y defabios, lo mas del tiempo sin compañía por los caminos, montes, torrentes, cenegales, y despoblados, con el semblante siempre alegre, y tan distante de prorrumpir una sola palabra descompuesta, como si estuviese en el extinguida del todo la irascible, bastaba para numerarlo entre los primeros, à quienes colocò la paciencia en la classe del heroísmo.

Haviendo llegado à México en una ocasion, siendo aun Secular, con la quadrilla de sus Carretas cargadas de plata del Real de Minas de Zacatecas, una de las que iban por delante se acercò tanto en la Plaza mayor à un puesto de loza de la tierra, que quebrò gran parte de ella. Indignado de esto el dueño, se dirigió à Aparicio (que iba detrás de la última) y comenzò à llenarle de improperios. Suplicòle este le perdonasse, haciendole presente con su regular mansedumbre, no haver estado en su arbitrio lo sucedido. No fuè esto suficiente para que dexasse el Lozero de oprobriarle; antes bien prosiguiendo en seguimiento suyo por la Calle de San Francisco, llegaron las injurias hasta los términos de amenazarle de quitarle la vida,

Procuraba Aparicio sossegarlo con ofrecerle la paga del daño recibido; mas atropellando aquel por sus satisfacciones, siguiendolo hasta salir al despoblado, sacò la espada, y le acometiò, acompañando el golpe con mayores improperios, è injurias razones.

Apechè entonces Aparicio, y tirando de la fuya,

fuya, à pocos lances le diò una cuchillada, que lo traxo à sus pies, y poniendole uno de ellos sobre el pecho, le dixo: *Hombre soberbio, ¿podreos matar, pues os tengo sujeto, y sin fuerzas para que os defendais?* Conociò el imprudente caido su verdad; y confessando el todo de sus excessos, le pidiò por amor de Dios le perdonasse. Hizolo assi Aparicio; y mucho mas, en que siendo tan proporcionado el lance para excitar su colera, asseguraba despues de professo à los Religiosos, no haver procedido en el con enojo, ni experimentado alguna mocion notable de su ira.

Esta su admirable apacibilidad, y mansedumbre lo havian hecho tan superior à las comunes adversidades, que ninguna era capaz de inquietar su ánimo con la mas leve turbacion. Haviendo llegado en una ocasion al Convento de Santa Bárbara de la Puebla, y dexado à su puerta el Caballo, en que solia andar, à causa, assi de su vejez, como de sus achaques, se lo hurtaron; y dandole noticia del suceso, no hizo otra demostracion, que decir con una gran paz, y serenidad de ánimo: *Dexadlo, que ello volverà.* Y assi se verificò, restituyendoselo despues de algunos dias, sin la menor lesion ni menoscabo.

Aun es mas digna de admirar su mansedumbre en el siguiente caso. Encerròle los Bueyes de sus Carretas un Labrador, alegando ser ellos los que le havian hecho cierto daño en sus sembrados. Aparicio que lo supo, ocurriò luego à solicitar por medio de sus humildes ruegos su libertad: mas viendo, que insistia el Labrador en recargar à sus Bueyes el daño padecido, concluyò su mansedumbre la pretension con este pacto: *Si os han hecho daño los Bueyes,*

yes, soltadlos, que vayan à comer, y encerradme à mi por ellos.

Pero lo que diò el mas bello refalte à su heroica mansedumbre, fuè el haverse manifestado tan fecunda, que de su corazon se propagaba aun à los mas obstinados de los estraños. Assi lo admirò la Puebla, à mas de algunas otras ocasiones, en dos nobles familias, cuyos odios havian llegado ya à los últimos términos del escándalo. Noticioso Aparicio del infeliz estado de una y otra, se les presentò con las armas de su angelical mansedumbre, explicada con la dulzura de suavísimas palabras, con las que no solo mitigò los corazones, apagando el incendio; sino que convirtiò el fuego de sus odios, en los ardores de una mutua, y constante charidad.

A los Indios (cuya embriaguez havia observado el Siervo de Dios, ténia por comun exçito el llegar à las manos en las calles públicas, y caminos) se acercaba, y con mucha paz, y amor los apartaba, y hacia amigos. Y si se les ofrecia ocasion de volver à la riña, era tal el respeto, y veneracion, con que le atendian, que aun en medio de su embriaguez se decia el uno al otro: *Agradeced, que el*

Santo de San Francisco ha hecho las

amistades, y nos mandò, que no

riñessemos; que si no, vos

me la pagariais.

* *

* *

Q

CAP.

CAPITULO XII.

De su austera Penitencia.

QUELLAS primeras luces con que comenzò Aparicio à discernir el bien del mal, fueron tambien las que encendieron en èl aquel espíritu de austeridad, y penitencia, con que empezó à castigar su cuerpo quando aun apenas daba señas del desorden comun de las passiones à que havia nacido sujeto por el pecado. Solo porque conociò, que era de carne, se manejò con èl con la dureza, con que se porta el mas desapiadado Amo con el Esclavo mas rebelde; no concediendole ni la mas momentanea recreacion, ni el mas ligero alivio. Aun el precisso del sueño fuè tan escaso, y tan circunstanciado, que en vez de interrumpir las fatigas del dia, hacia las veces de un mal disimulado, y nuevo tormento: porque ò le tomaba à Caballo arrimado à una hasta, y solo por el espacio, como hemos dicho, que tardaba aquel en moverse; ò sobre una ruda estera, ò piel de Toro; ò en la tierra desnuda, y expuesto al todo de los rigores, è inclemencias del campo.

De resultas de esta última práctica contraxo una enfermedad tan peligrosa, despues de haver fallecido sus dos mugeres, que le llegó à poner à las puer-

puertas de la muerte. Considerabase solo, y en tal estado: lo que le obligò à ocurrir à la piedad de uno de sus amigos, quien no solo lo recibió en su Casa con charidad christiana; sino que le dispuso lecho proporcionado à su necesidad. Agradeciò Aparicio sus esmeros; pero ni las instancias del charitativo Bienhechor, ni las del Médico, con las de quantos conocian la gravedad de su peligro, fueron bastantes à que admitièsse el obsequio del lecho prevenido, pidiendo por favor le dexassen continuar el de una estera; y como si el rigor le sirvièsse de antidoto, dentro de no mucho tiempo se hallò sano.

Despues de Religioso, no solo renunciò aquella pobre cama, que permite el estado, sino aun la commodidad misma de la Celda. Su comuni retirada por las noches, quando estaba en el Convento, era ò las Azoteas, y Corredores, ò la Huerta; y andando por el campo, una de sus Carretas. Baxo una de ellas se hallaba una noche, habiendo parado en la Estancia de Domingo Perez su especial amigo, y desatandose la mas copiosa lluvia, fueron tales las instancias, que èste le hizo, que le obligaron à retirarse à un quarto de la Hacienda; mas luego que se viò libre de la presencia de su charitativo Bienhechor, no siendole possible à su fervor omitir una tan oportuna ocasion de padecer, se salio de la pieza, y arrimado à las paredes de la misma, se mantuvo allí toda la noche recibiendo sobre si el agua, que con el mayor ímpetu despedian sus canales. El dicho Perez, que le encontró al amanecer en aquel lugar, cubierto de la nieve, en que la agua se havia congelado; y rezando el Rosario, habiendo vuelto del assombro, que le causò tan extraño espectáculo, le suplicò se

retirasse à la Casa à repararse de los rigores del frio de la noche; à que respondió Aparicio con suma paz: *No tengo frio; antes si al contrario, me siento muy acalorado.*

Caminando una vez con algunos otros Compañeros, que le havia ofrecido la casualidad, y habiendo tambien comenzado à llover, procuraron todos libertarse del daño con retirarse baxo de sus Carretas, suplicando à Aparicio hiciesse lo mismo, como en otras ocasiones, y sin tan urgente motivo sabian lo acostumbra; mas el se mantuvo gozoso expuesto à todo el rigor del aguacero. Atónitos los demás, le preguntaron, ¿porqué no procuraba evitar un tan manifesto peligro de su salud? A que dió por respuesta estas palabras: *Buen Dios tenemos, que todo lo suple.*

No es menos admirable el caso que se sigue. Hallandose, y gravemente indispuerto, en la Enfermeria del Convento de la Puebla, se falió una noche à un Portalillo de la misma, y despues de acostado en el con los ojos clavados en el Cielo, sintió, que ya à deshoras comenzaba à caer un copioso aguacero; y teniendo cerrado con su cuerpo el conducto por donde debia desaguar aquel lugar, logró tan à satisfaccion de su espíritu la mortificacion que le proporcionaba la Providencia, que se hallaba casi nadando, quando entró el Enfermero, ya con la agua à media pierna, à recoger una poca de ropa, que se havia dexado olvidada alli la tarde antecedente: al ir à practicar la diligencia se tropezó con Aparicio; y advirtiendo este, que se havia asustado, le dixo al punto para sossegarlo: *To soy, ¿què queris?* Volvió en si el Enfermero del susto concebido,

do, y piadosamente enojado le reprehendió diciendole: si no advertia, que estaba lloviendo, y el mucho daño, que de mojarle le podría resultar. *Si advierto,* le respondió el Venerable, *mas en mi vida he estado mas à mi placer, que ahora.*

No dispensó Aparicio, como mas aptos para el exercicio de su santa crueldad, los rigores del fuego. Compadecidos sus devotos de su vejez, del escaso abrigo de su Hábito, y de lo notablemente atenuado de su cuerpo, lo precisaban en el Invierno à que tomase algun alivio con calentarse à la lumbre, que para este efecto le prevenian; mas el arbitró el modo de duplicarse por aquel mismo medio la mortificacion. Acercábase tanto al fuego, que se abrafaba, y despues de ablandadas sus carnes à la violencia del mismo ardor, se comenzaba à abrir largas, y profundas heridas con las uñas, hasta derramar sangre en abundancia: martyrio, que à mas de haver dexado absorto à Joseph Padilla en una ocasion, que logró verlo, repetia como mas activo el fuego que abrafaba su interior, siempre que se le ofrecia la coyuntura.

Su imponderable deseo de padecer consultó quanto le fué possible à no dexar sin alguna particular satisfaccion cada una de las partes de su cuerpo. Andaba siempre con la cabeza descubierta al Sol, al ayre, al agua, al frio, y con los pies las mas veces totalmente descalzos, por lo que los traía continuamente llagados, corriendo sangre, y llenos de grietas. Solian ser estas tan notables, que su dolor le llegaba à poner en términos de no poder dar passo, y entonces suplicaba por amor de Dios à algun Zapatero se las cosiese con la alesna; ò con ahuja,

è hilo à alguna otra persona: añadiendo este nuevo tormento à los que padecía.

Para herirse los pechos usaba siempre de una piedra, de la continuacion de cuyos recios polpes se le hizo una profunda llaga, à que siguiò un grueso callo, cuya dureza le hacia redoblar tambien la fuerza del impulso; tanto, que se viò precisado à valerse de una bilma de estopas, que contuviesse la sangre, en que continuamente prorrumpia. Jamàs se despojaba de un áspero cilicio, con que traía ceñida la cintura, el que se le llegó à introducir defuerte en la carne, que fuè necesario usar de alguna violencia, para haver de desprenderle de ella despues de muerto.

Sus disciplinas eran tan rigorosas, que tenían siempre por efecto derramar mucha sangre, tratándose con la crueldad, con que no lo haria tal vez su mayor enemigo. Esto, que experimentaban con edificacion los Religiosos en el Choro, viò en cierta ocasion, caminando de la Ciudad de Tepeaca para la de la Puebla, Pedro Martinez. Divisó este al Venerable saliendo de una Hermita de Santiago, que estaba cerca del camino; y esperando que se le acercasse, observò con assombro, que traía bañado el rostro de resplandores, la disciplina pendiente de la Cuerda, y mui ensangrentada, y todo el cuerpo tan anegado en sangre, que descendiendo por los pies à la tierra, iba estampando en ella las huellas con la abundancia de la que iba derramando.

Al todo de estos rigores añadia el penosissimo, è insufrible, assi de arrojarle à los Estanques, y Rios elados por las mañanas, antes que deshiciesse el Sol el hielo, como el de lavar en sus mismas aguas el Hábito, ò mas freqüentemente en las de un Ba-

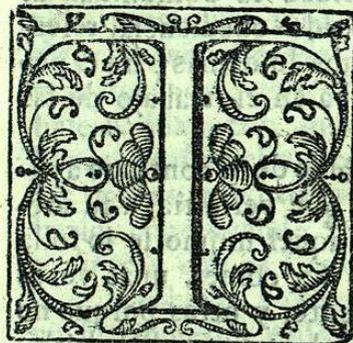
tàn,

tàn, y volversele à poner luego, assi mojado. Y quando à vista de tanta rigidez le preguntaban algunas personas, ¿porquè maltrataba de aquel modo su cuerpo, siendo tan viejo? respondia estas breves palabras:

Por embocar en el Cielo, que no dudo hagan temblar à los que las leyeren, como à mi me han llenado de la mas inexplicable confusion al escribirlas.

CAPITULO XIII.

De su admirable Abstinencia.



ODA la robustez de las rigorosas penitencias de Sebastian se alimentaba de la rigidez de su abstinencia, y de su ayuno; comenzando à escasearse el alimento desde que diò principio à su maceracion. Para arreglar su abstinencia conforme al método de sus fervores, la reduxo à los precisos términos de un solo ayuno, que continuò por el dilatado espacio de noventa años. De Secular, y quando ya las facultades le podian proporcionar mayor regalo, estimò como tal unas quantas tortillas de maiz, condimentadas con la salza de unos chiles, ò pimientos, à que solia agregar un poco de Baca en los dias festivos, como dexamos dicho en otra parte; sin usar de otra be-

bebida, que de sola agua, ni que fuessen bastantes à alietar esta pragmática, ò las fatigas del penoso exercicio de las Carretas, ò el igualmente personal de la agricultura.

Mas haviendo professado el estado Religioso, tratò de reducir à mas estrechos limites aquella su abstinencia, que aun en los Anacoretas mas austeros seria admirable. Jamàs volviò à gustar, no solo carne, ni pescado; pero ni otra alguna cosa guisada, à reserva de quando estaba gravemente enfermo, que se vencia à tomar una taza de caldo. Comia una sola vez al dia unas quantas tortillas con la ya referida salsa, ò pan mojado en agua, quando ya le llegaron à faltar los dientes: y assi, si llegaba al Convento en ocasion, en que entraba la Comunidad al Refectorio, acudiendo al acto de obediencia, reservaba el pan para si, y guardaba lo demàs para el pobre Indio, que le acompañaba en el trabajo de las Carretas.

No era lo mas admirable de su continuo ayuno la cortedad del sustento, que permitia à su atenuado cuerpo; sino que aun aquel mismo se lo solia dilatar, passandosele dos dias sin comer, unas veces por mortificarse voluntariamente, y otras porque no tenia què, ni hacia diligencia alguna para adquirirlo; bien que en otras, como dexamos dicho, acudia el Cielo à su remedio, como lo atendia tambien con la bebida, proveyendole del vino, de que instado de sus continuos achaques se viò necesitado à usar con la debida moderacion, en su vejez.

Al ver algunos la escasez, con que se alimentaba un hombre tan robusto, y corpulento, llegaron à persuadirse à que vivia sobrenaturalmente.

Otros

Otros solian instarle comiesse mas, por parecerles, que con tan poco alimento era del todo imposible sustentarse; à los quales respondia: *Hermanos, yo quando como, siempre he de quedar con necesidad, que no se le ha de dar al cuerpo todo lo que pide, porque luego se quiere alzar à mayores, como Potro cerrero.*

Llegò una vez à Casa de Francisco Roldan, Labrador de Huexotzinco, y sabiendo este los graves, y continuos achaques, acompañados de la comun necesidad del Venerable, diò orden de que se le aderezasse un Pollo, mezclando con el algunas sopas, para que lo pudiesse comer, y de aquella fuerte condimentado se lo sirvieron à la mesa. Aparicio, que se viò tan charitativa, como regaladamente asistido, tomò una sopa, y haviendola probado, dixo: *Mui bueno està esto.* Profeguia à tomar la segunda; mas dexandola caer al punto, apartò el plato. Instabile Roldan con muchos ruegos, que pues estaba bueno, proseguiesse à comerlo; à los ruegos figuieron las pofias; pero nada bastò para que volviesse à probarlo; concluyendo su repulsa con decir: *No puedo yo ir con esto al Cielo, que es mucho regalo.*

Estando ya inmediato à su muerte, se le acercò su Confessor el P. Fr. Francisco Garrido con una Viscotela con Vino, pidiendole, que la tomasse para dar con ella algun fomento à su naturaleza; mas mirandolo atentamente el Venerable, le dixo: *Hermano, yo os agradezco la charidad, que me haceis; pero adviertoos, que los Frayles no han de comer manjares delicados para embocar en el Cielo:* à que añadió luego en mal concertado Latin estas palabras: *Agite pœnitentiam.* Y preguntandole, que

R

donde

donde havia aprendido aquel Latin? respondió: *En el Libro del Missal lo he oido.*

CAPITULO XIV.

De su extremada Pobreza.



NO consiste el ser pobre en no tener quando se puede, sino en no dexarse aprisionar el corazon de lo que se tiene. En medio de las riquezas, que en fuerza de su trabajo personal llegó à congregiar Aparicio en el siglo, siempre fuè pobre: y la prueba mas evidente de esta verdad es el uso, que haela (y de que hemos dado suficiente noticia, assi en este, como en el Libro antecedente) de sus mismas riquezas. No sería de lo mas difícil el cálculo de lo que de ellas utilizò en todo el tiempo de su manejo: con acordarnos precissamente de su mesa, de su lecho, y de su vestido, tendríamos lo suficiente para formar el cómputo. A unas quantas tortillas de maiz, un ordinario paño, y un petate, ò estera se reducian las utilidades, que de sus facultades disfrutaba Aparicio el Rico; porque solo aspirò à serlo para los pobres. De ellos era el caudal, que le adquiriò (entre quantos tenían noticia de él) aquel renombre, deducidas las expensas de lo que dexamos dicho gastaba para sí.

y en su persona. De fuerte, que distinguiendose de aquellos solo en que no pedia, les excedia en la pobreza de su espíritu, pues le causaba inquietud aun el tener que dar, temeroso siempre del riesgo à que fuele exponer en el mundo, no solo el esplendor de las riquezas, sino aun sus humos.

Libertòse finalmente de sus peligros, y con la generosidad, que dexamos dicha en el Capítulo X. del Libro I. abrazando con tal ansia la pobreza en la Religion, que desde luego se hizo uno de los exemplares mas distinguidos de ella. Proveiale el Prelado de aquel pobre Hábito de que vestia el comun de los Religiosos; y como si tambien gastara sus melindres la austeridad, no contento con él, no descansaba hasta haverlo trocado por el mas roto, y viejo, que en otro vela.

Presentòse con uno nuevo (sin duda porque no se le havia proporcionado ocasion de efectuar aquel su comercio) ante el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, quien como acostumbrado à verle andar siempre roto, le dixo manifestando su estrañez: *¡Buen Hábito trae Aparicio!* A que repuso el Venerable: *Y como que es bueno, que me lo diò un Santo:* y preguntandole aquel ¿quien fuesse el Santo, que se lo havia dado? respondió: *Esse Guardian de Tlaxcala Fr. Diego de Mercado, que es gran Santo: y sabed, que los Angeles le vienen à dar música.* Dando con esto lugar à su veneracion, sin que se presumiesse menoscabo en la rigidez de la práctica de su pobreza. Las mas veces andaba sin Manto, ni Sombrero; porque lo comun era dar uno y otro à los pobres, que encontraba por las calles, y los caminos, sin reparar aun en la misma Cuerda, con que